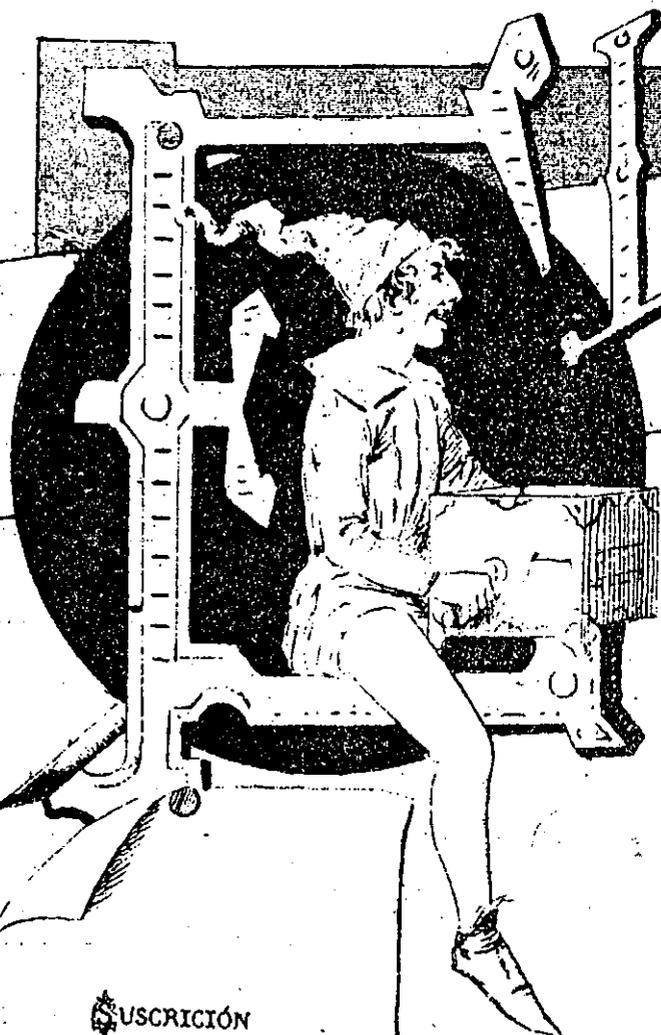


Organillo.

Director literario: Fermín Gil de Alencidégui
Director artístico: Antonio Bedmar.



SUSCRICIÓN

En toda España, un mes... 1 pta.

PAGO ADELANTADO

Se publica los días 7, 15, 23

y último de cada mes.

Redacción y Administración

PRINCIPE, 64, PRAL.

A. Fernández



Bedmar

Int. L. Prado. Desengaña 14 Y Sandoval. 2.

TEATRO NOVEDADES

MANUELA MORENO

Siempre discreta y graciosa
ver hace al espectador
que es, como mujer, hermosa,
y como artista, una cosa
de calidad superior

A mi, si de gozo lleno
la miro ganas me dan
de gritar ¡viva lo bueno!
porque... ¡muy pocas tendrán
la gracia de la Moreno!

PROGRAMA

TEXTO.—Sinfonía, por A. Prieto.—Gente de confianza, por Antonio Fernández Navarro.—Los dos besos, por Antonio Ledesma.—Dos retratos, por Guillermo Perrin y Miguel de Palacios.—Evoluciones, por Carlos Felices Andujar.—El Gordo, por Eiffel.—Un caso sospechoso, por Fermín Gil de Aincildegui.—Remedio único, por Rafael C. Rodríguez.—Sonata teatral, por L. U. Terán.—Música celestial.
GRABADOS.—Srta. D.^a Manuela Moreno, por A. Bedmar.—Lo del día, por A. Fernández.—Noche-Buena, por A. Bedmar.—D. Nicolás Galán; D. Francisco Ribuet, por A. Bedmar.

SINFONÍA.

Lo que es en estos días,
Benos de bulla y en jolgorio ricos,
más bien que Sinfonías

deberían entonarse bilancios
Que es verdad lo que digo, lo revela
ese mismo placer con que los chicos
celebran la clausura de la escuela.

No hay más que contemplar por un momento
de ese infantil y alegre regimiento
los risueños semblantes, donde apenas,
revistiendo el color de la amapola,
deja de palpar una vez sola
el placer que circula por sus venas,
para quedar del todo convencidos
de que, lo que es en la ocasión presente,
dar trégua á los deberes adquiridos
para hacer que penetre en nuestro pecho
el dulce éfluvio del placer *vigente*,
lejos de ser pecado, es un derecho.

* *

Nos hallamos en vísperas del día
feliz de Noche-Buena,
pronto, mañana mismo ¡que alegría!
podremos dar principio á la faena,
soberana, á fé mía.

de preparar la renombrada cena.
Ya estamos anhelando ese momento;
el ansia de que llegue nos abrasa,
y ya empieza á iniciarse el movimiento
que este caso produce en cada casa.

Pero á la par que el movimiento empieza
y al querer demostrarnos su destreza
en estas confecciones nutritivas,
sienten que se les pierde la cabeza
las dueñas de... sus casas respectivas.

Así lo dicen ellas; y lo creo:
es tan grande en las casas el jaleo,
que yo no sé como hay quien lo resista
sin sentir en la vista
los síntomas fatales del mareo.

¡Que algazara! ¡que ruido! ¡que barullo!
¡No se goza un instante de sosiego!
Por un lado el monótono murmullo
del potage que hierve puesto al fuego;
más allá la discreta cocinera,
el jefe principal de la cocina,
que afanosa se esmera

por sacar una salsa peregrina:
aquí, malhumorada en ocasiones,
la dueña de la casa
dando disposiciones
y presenciando todo cuanto pasa:
la niña mayorcita que se luce
machacando una pasta en el mortero;
luego, el maldito ruido que produce,
al romperse en pedazos, un puchero...
la de cuerpo de casa que entra y sale
á comprar á las tiendas, y afanosa
demuestra cuanto vale
para tardar un siglo en cada cosa;
en fin, ¡la mar! una Eabel horrible,
mareante, pasmosa...

y además, de pasmosa, irresistible:
Añádase después, punto y seguido,
el rumor producido
por la menuda gente de la casa:

un chiquitín que la zambomba toca
ó que toda la tarde se la pasa
sin dejar la trompeta de la boca:
otro, glotón de suyo, que desea
comer alguna cosa y pide á gritos
mazapán ó jaleo,
ó frutos de sartén, que aun no están fritos;
este que llora; aquel que le acomete
porque apenado mira
la prematura muerte de un juguete,
y la quiere vengar, ardiendo en ira...
Y dígame el amable lectorcillo
que ahora se halle leyendo *El Organillo*,
ya que seguramente
del castigo pascual también es réo,
si existe algún valiente
capáz de resistir tanto jaleo.

Por mi parte... ¡lo digo aunque me apena!
si no fuera por eso... porque veo
que hay grave riesgo de perder la cena,
cual ninguna sabrosa
que se acostumbra á hacer en Noche-buena,
antes que presenciar esa horrorosa
coleccion de escenas peregrinas...
¡vamos! ¡les digo á ustedes que era cosa
de cojer la pañosa
y emigrar á las islas Filipinas!

A. PRIETO.

GENTE DE CONFIANZA

—¡Señor D. Atilano! ¡Dichosos los ojos que le
ven á usted!

—¡Mi señor D. José! ¡Cuánto me alegro de en-
contrarle!

—¿Cómo tan perdido?

—Hombre, tanto como perdido, no; le diré á us-
ted: es que me he vuelto ahora muy cascro.

—¡Caracolés! Pues se ha convertido usted de la
noche á la mañana en un tipo odioso, sobre todo pa-
ra los que no tienen casa.

—¡Qué bromista! ¡Eso quisiera yo!; quise decir
que salgo poco de casa. Allá se van por las noches
unos cuantos amigos y otras tantas amigas de mi mu-
jer y de mis hijas, á pasar la velada; y no crea usted,
no se pasa mal: las personas formales jugamos nuestra
partidita de dominó, las señoras hacen *crochet* y las
muchachas hacen música.

—¡Y no hacen poco, amigo; ya estarán ustedes di-
vertidos!

—De todo hay. Créame usted; no dejo de echar
de menos aquel rinconcillo del Café Imperial; aunque
á decir verdad, y aquí para inter-nos, van allí algunos
tipos, que los tengo aquí!

—¿Dónde?

—¡En la boca del estómago! Es un decir. ¡Mire
usted que aquel vizco que está anunciando continua-
mente que se vá á armar *la gorda*! ¡Y el otro señor
que ha sido fiel de consumos y se ha tragado... la
Biblia y ahora está siempre á vueltas con eso de «me-
nos política y más administración»!... ¡Vamos, si no
hay quien los aguante! Y á pesar de eso, ¡que de-
monio! hay noches que iría de buena gana á echar
allí mi ratito de palique. Pero, qué quiere usted, el
hombre propone y la mujer dispone; y eso que dice la
mía: «Atilano, tú debes quedarte en casa; Atilano, ese
es tu deber, que no estaría bien visto que yo recibie-
se sola á nuestros amigos y... En fin, ello es que
me quedo; no por eso, ¿sabe usted?, sino porque la no-
che que no estoy allí sucede alguna avería.

—¡Hola hola!

—Si, señor, si; cuando no es un florero que se rompe, es una silla ó la pantalla de la lámpara que se hace añicos; y luego, como servimos té á los tertulianos y la criada es una bestia, no sabe usted las tazas que me rompen. Y de todo tiene ella la culpa, porque parece que se asusta de ver personas. ¡Ya ve usted, cuando toda es gente de confianza!

—Sí, ya se conoce que lo es.

—¡Y tanto! Hombre, me alegraría que fuera usted por allí, porque está aquello muy animado y estamos todos como en familia. Verá usted: van todas las noches la señora de Quemadillo y sus tres hijas, que hablan por tres mil; García, su mujer y sus chicos, que enredan si hay que enredar y son la propia piel de Barrabás; pero tienen gracia, tienen gracia; verá usted: anoche le tizaron la nariz á D. Gabriel de la Siesta, un pobre señor que apenas llega se queda dormido. Van también las de Orgaz y su tía doña Remedios, por cierto que me carga mucho la tía porque se guarda las pastas en el bolsillo y no puede tomar el té sin su par de copitas de anisado. Tampoco faltan nunca Rodríguez, Fogatilla y Bridones, que son los que animan la reunión. ¡Ah! Bridones es un muchacho que tiene una voz de bajo...

—¿Debajo? Debajo de qué?

—¡Hombre de bajo profundo! ¡si es lo que hay que oír! Miré usted, cuando canta hace temblar el piso. ¡Qué torrente de voz!

—¡Dios nos libre!

—También Fogatilla tiene buena voz y hace unos versos muy bonitos.

—¿También con la voz? ¡Qué prodijio!

—Yo no sé con qué los hará; lo que puedo decir á usted es que está concluyendo una oda que dedica á la Tabacalera; porque es un fumador terrible. Apenas entra en casa, lo primero que hace es pedirme un cigarrito; yo, para evitarme molestias, pongo la cajetilla sobre la mesa, pero no ha pasado un segundo cuando ya está el poeta de vuelta y... «con el permiso, D. Atilano», dice, y se lleva otro. Y... «con el permiso, con el permiso» esta toda la noche hasta que vá á marcharse, y... «con el permiso» se lleva mi cajetilla: porque tiene que concluir la oda. —Mire usted, Fogatilla—le dije el otro día,—¿fúmes usted la oda ó la Tabacalera, ó fúme usted demonios coronados ¡que esto es ya mucho abusar!» Pero, ¡cál!, ni por esas! ¡Qué diferencia de ese á Rodríguez! ese nunca pide nada, y nos divierte, si, señor; es una especialidad para las suertes de prestidigitación y escamoteo. Anteanoche cojió medio queso de la mesa y lo escamoteó, pero lo hizo tan limpio que no lo hemos vuelto á ver. En fin, amigo don José, no deje usted de ir por casa si quiere pasar un buen rato, porque allí toda la que vá es gente de confianza.

—Si, si, ya se vé que toda es gente de... poquisima vergüenza.

ANTONIO FERNANDEZ NAVARRO

LOS DOS BESOS

I.
La amaba con embeleso,
me acuerdo; era casi un niño,
y hube de pedirle un beso,
una tarde, en el exceso

de mi juvenil cariño.
Ante idea tan liviana
se puso como el coral;
rogué; cerró la ventana;
lloré; la llamé inhumana.

y acercándose al cristal,
pudorosa al par que aleve,
no hallando á esquivarlo medio;
á darme un beso se atreve,
y me dá un beso de nieve
con el cristal de por medio.
¡Qué estúpida sensación!
¡Qué beso aquel tan glacial!
¡No llegó hasta el corazón!
¡Fue insípido, en conclusión,
el beso de lo ideal!

II.

Con el recuerdo reciente
de aquel hecho tan extraño,
y en ocasión diferente,
pedíle otro beso ardiente.

en guardia contra su engaño.
Remisa, al fin accedió,
fiada en la fragil valla;
tras del cristal se amparó,
y el beso darme intentó
con el cristal por muralla;
más con impulsos violentos,
ciego de amor y de enojos,
rompió el cristal en fragmentos,
y la di besos á cientos
heridos mis labios rojos.
Volví en mí ser al dolor
que me produjo el cristal,
clavándose en mi traidor,
y encontré que era peor
el beso de lo real.

ANTONIO LEDESMA.

DOS RETRATOS

I.
Las manos tintas en sangre,
agrio el gesto, ronca voz,
vizo un ojo, el otro tuerto,
nariz de perro pachón:
La barba rojiza y crespa
por gala pintada en dos:

por bigote un limpia-tubos,
por dientes un homino,
uñas largas, patizambos

—¿Quién es?
—El Destripador.

GUILLERMO PERRIN.

II.

Las manos en los bolsillos,
andar lento, mal humor,
los ojos con cataratas,
por bigote un escobón:
Los pies como dos maletas,
aguardentosa la voz,
espada la de Bernardo.

aires de Gobernador,
guantes verdes... (no los come
por un milagro de Dios.)

—¿Quién es?...
—Pues un polifeta
de cualquiera prevención.

MIGUEL DE PALACIOS.

EVOLUCIONES

Al partir me dijiste que te embrosca:

—Te acordarás de mí?

y yo por contestarte alguna cosa
te contesté que sí.

Sin té en tu amor, porque al fin eso crece.

—¿Me olvidarás, mi bien? —te dije yo,
y tú con el delirio del desah
me dijiste que no.

Bañó tu rostro, al separarme, el llanto
y oh misteriosa evolución del hombre!
hoy no puedo olvidarte y tú entretanto
no te acuerdas del santo de mi nombre,
ni siquiera del nombre de mi santo!

CARLOS FELICES ANDUJAR.

¡EL GORDO!

¡Diez millones de reales!

¡Qué hermoso sueño... si llegase á poseerlos!

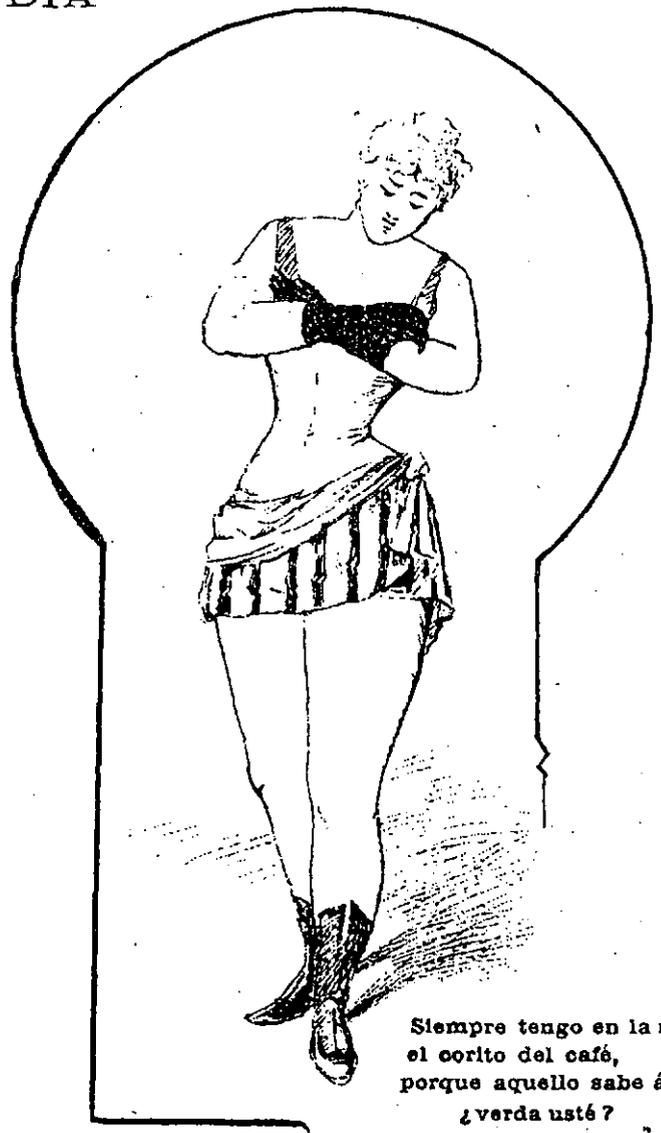
Porque, lo digo con franqueza, desde que jugué
aquel maldito duro, estoy que no me llega la camisa
al cuerpo.

—¡Si me caerá!... ¡Si no me caerá!...—Así paso
noche y día, pensando en el premio gordo de Noche-
buena.

¡Qué de cuentas me hago!... Pagaría al sastre, á la
modista, al barbero, al panadero, al casero, al sombre-
rero... y demás acabados en ero. (¡Que no son pocos!)



Yo cuando chiquito
era muy bonito
era muy rubito
era muy blanquito.



Siempre tengo en la memoria
el corito del café,
porque aquello sabe á gloria
¿verda usted?



En el asiento se clava
y allí goza como un niño
y hasta se le cae la baba
en cuanto cantan: ¡Carriñol



Las dos son á cual más buena
¡Vaya un rostro y vaya un tallal
Pero ¡ caramba ! me apena
que no vistan en la calle
de igual modo que en la escena

A. Ferrer



Mi suegra me ha confesado
á ella siempre le ha causado
la zamboba pena negra
¡Qué gusto! ¡Dos he comprado
para que rable mi suegra



Aunque se halla algo velado,
el ménos listo adivina
que estos son, Pipo y Bettina
despues de haberse casado



Si como dice la gente;
la zambomba tiene un diente
y el carrizo tiene dos,
buen mordisco va á llevar,
si no deja de tocar,
este angelito de Dios.



-Tómala
-De ningún modo.
¿No ves que papá no quiere?
-Anda, ¡si tu lo haces todo
sin que tu papá se entere!

nás buena
un taller
pena
ille
la escant

No, no se espanten ustedes de mis débitos; lo mismo le pasará á cada hijo de vecino. La *inglesitis* es a epidemia del día, pèse á todos los *dengues* del mundo.

Y no solo del día, sino de la noche, de la madrugada, de la tarde... de este año, del pasado, del anterior... ¡es enfermedad *crónica*!

No crean ustedes que hablo de la *Meridional*, esta es muy rica. ¡Regala un billete á sus suscritores!

¡Quién se contase en el número de ellos... si les cae el premio!

Pero no me otorgan ese derecho; aunque me visita todos los días, no soy suscriptor. ¡Inconvenientes del *libre-cambio*!

Bien es verdad que de todos modos me quedaría sin los diez mil reales. Si yo fuese co-partícipe, quitaría la suerte á los abonados del estimado colega. ¡Soy muy desgraciado!

¡Querrán ustedes creer que, á pesar de que he jugado mucho, nunca he visto un céntimo del *Rostrico*? Y que no tengo yo ganas de llevarle un par de velas!

Pero, ¡ni por esas! El Cristo de la Administración núm. 1, es más sordo que una tapia.

En cambio la núm. 2 me protege. El año pasado me tocaron tres pesetas... ¡á la centésima vez que jugué!

¡Qué suerte la mía! ¡Verdad?

Pero, no por eso desmayo. ¡De menos nos hizo Dios!

Yo conozco á más de cuatro que se han hecho millonarios de la noche á la mañana.

¡Por qué no he de ser de ellos?

¡Cuánto castillo en el aire!... ¡Pero habrá quien no los forme?

Tan imposible es esto, como que haya quien deje de jugar en Navidad.

El pobre, el rico, el casado, el soltero, todos sueñan con *el gordo*.

¡Oh *gordo* del alma, yo te saludo!

¡Compadécete de mi enflaquecimiento... metálico!

¡Préstame algo de tus doradas... *carnes* y robustéceme *aunque sea* de billetes de banco!

¡Qué regalo había de hacer al Administrador de Loterías!

Porque yo soy muy espléndido, sí, señor. ¡Que me caigan los milloncejos y verán ustedes!

¡Cuánto bueno había de hacer! Primeramente... Pero no, lo dejaremos para después. No quiero parecerme á los aspirantes á edil, diputado, ú otra cosa por el estilo.

Mucho prometer, y luego...

Esto no quiere decir que yo obraría de ese modo.

Al buen pagador no le duelen *prendas*, dice el adagio.

Pero, á pesar de ello, pertenezco al número de los escarmentados.

Siempre me acuerdo de aquella capa que se me evaporó de los hombros.

¡Saben ustedes en qué ocasión?

Pues precisamente cuando fui á cobrar aquellas tres pesetillas que me regaló la fortuna.

Si por tres pesetas perdí una capa, háganse ustedes cargo de lo que podía perder por cobrar *el gordo*.

Así es que me decido por el silencio, y hago punto final.

Porque, si como es probable, no me toca, nunca me

perdonaría lo que en estos renglones he dado á ustedes.

Una jaqueca fenomenal.

Y ¡oh desilusión! ¡En lo que han venido á quedar tantos millones!

.....
EIFFEL.

REMEDIO ÚNICO

Te ví en la iglesia por la vez primera.
de tus miradas me encontré cautivo
y á tu beldad, por natural motivo,
rendí tributo con el alma entera.

De amor la llama se encendió ligera,
el en mi pecho se revuelve activo
y del recuerdo de tus gracias vivo,
pues tu recuerdo en mi memoria impera.

En vano hallar en mi ansiedad procuro
á los efectos de mi mal fatales
la medicina sin la cual me muero;
solo hallo un medio como más seguro:
el ir contigo á desechar mis males
al mismo sitio en que te ví primero.

.....
RAFAEL G. RODRIGUEZ.

UN CASO SOSPECHOSO.

I.
Vive Dios, que estoy contento
y es seguro que mi cara
revela el gozo que siento,
porque al fin llegó el momento
de que yo me enamorara.

Pero el caso es que la chica
me ha chiflado y cómo no,
siendo en encantos tan rica?
de otro modo no se explica
que me enamorara yo.

No hay ninguna como ella;
¡qué rostrol! ¡qué frente aquella!
¡qué cintura! ¡qué garganta
y qué timidez tan bella!
esto es lo que más me encanta.

Al mirarla tan divina,
se me ha puesto en la mollera
que esta mujer peregrina
es la que Dios me destina
para ser mi compañera.

Yo no puedo resistir
más horas este violento
fuego en que me siento hervir,
y me voy á dirigir
en este mismo momento:

«Lola, sublime beldad,
ólgame usted por piedad:
desde que la ví estoy loco
y cómo poco, muy poco...»
¡Jesús qué barbaridad!

Me gusta la sencillez
en epístolas de amor
y esto es muy malo, pardiez;
voy á empezar otra vez
á ver si sale mejor.

«Candorosísima Lola:
desde el momento en que sola...»
en que sola... ¡vive Cristo!
nada, señor, está visto
que ya no doy pic con bola.

Se me figura que ya
no sale bien la cartita:
conque lo mejor será
ir á pedirle una cita:
de sijo que accederá.

Tengo un sueño abrumador:
ahora me acuesto, y mañana,
por el correo interior,
le diré que haga el favor
de salir á la ventana.

II.

Pues, señor, esto va mal:
hace una hora cabal
que estoy gastando la acerá:
lo que más me desespera
es que hace un sol tropical.

El calor me vuelve loco
y me voy á dervetir.
Lola no quiere salir
y como se tarde un poco
me voy á tener que ir.

Pero, ¿por qué no saldrá?...
tal vez se lo impedirá
su extremada timidez:
será la primera vez,
y se ruborizará.

«Las dos... ya me desespera
aventurá tan pesada.
¡Si será que estará fuera?
pero ¡calle, su criada!
voy á ver si, ella me entera.

—¡Eh, joven!—¿Qué manda usted?

—Una pregunta: la señorita Lola, ¿está en casa?

—¿Está usted hablando en guasa?

—¿Que si hablo en guasa? ¿por qué?

—¿Como estará usted al corriente de lo que anoche pasó...?

—¿Añoche?—Precisamente.

—Pero... ¿qué?—¿Que se fugó con el vecino de enfrente!

.....
FERMÍN GIL DE AINCILDEGUI.



Ha probado en Almería
 Ribuet, que en la escena es ducho.
 Y se le aplaude a porfía...
 Lo olerito es que vale mucho
 Y... ¡valdrá más todavía!



Demuestra palpablemente
 Galán que es un buen actor.
 Y no soy yo solamente
 Quién lo dice, no, señor,
 lo dice toda la gente.